

Director

Edgar P. Jaramillo S.

Gestión de Medios

Eugenia Ávalos V.

Publicaciones

Raúl Salvador R.

Editor

Pablo Escandón M.

Consejo Editorial

Héctor Espín

Juan M. Rodríguez

Francisco Vivanco R.

**Portada, diseño
y diagramación**

Mayra Cajilema C.

**Chasqui es una publicación del
CIESPAL**

Miembro de la

Red Iberoamericana de Revistas
de Comunicación y Cultura<http://www.felafacs.org/rederevistas>

Red de Revistas Científicas

de América Latina y el Caribe

en Ciencias Sociales y Humanidades

<http://redalyc.uaemex.mx>**Impresión**

Editorial QUIPUS - CIESPAL

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN**Presidente**Victor Hugo Olalla P.
Universidad Central del Ecuador

María Isabel Salvador

Ministra de Relaciones Exteriores, Comercio e
Integración

Raúl Vallejo C.

Ministro de Educación

Héctor Chávez V.

Universidad Estatal de Guayaquil

Antonio Aranibar

Organización de Estados Americanos

Patricia Ashton

Comisión Nacional de UNESCO
para los países andinos

José Camino C.

Unión Nacional de Periodistas

Freddy Moreno M.

Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión

Yolanda León T.

FENAPE

Edgar Jaramillo S.

Director General del CIESPAL

Teléfonos: (593-2) 250-6148 252-4177

Fax (593-2) 250-2487

web: <http://www.ciespal.net>weblog: <http://chasquirevista.wordpress.com/>

Apartado Postal 17-01-584

Quito - Ecuador

Registro M.I.T. S.RL027

ISSN 13901079

Personaje	Pág.	Covuntura	Pág.
Biografía: El más leído luego de Gabo	4	Blogs: Encuentros y desencuentros	52
Germán Castro Caycedo: Más cerca de la realidad	6	Uso y consumo de las TIC: Las relaciones de poder en el aula	58
Hágase tu voluntad: Una muestra de virtuosismo periodístico	8	Aula	
El hueco: Migrantes en la cinta de Moebius	14	Lenguaje: Localismos y estandarización en el español... ..	64
El Palacio sin máscara: La lectura de quien no estuvo allí	20	Manejo de información: Cuando de rumores se trata	68
En busca del cronista mayor: Charla con Germán Castro Caycedo	26	La entrevista en TV: En vivo o grabada, conversar es lo importante	72
Portada		Sindicación de contenidos: El cambio de la reportería <i>on line</i>	76
Opinión: No creo en los géneros	30	Comunicación organizacional: Los <i>stakeholders</i> legitiman a la organización	80
Experiencia: Lo que me dejó el periodismo	32	Encuestas políticas: Paradojas y aproximaciones	84
Periodismo y literatura: Dos aguas de un río vigoroso	36	Publicaciones	88
Notas de un encuentro de cronistas: Las crónicas amenazan con reconquistar lectores	38	Actividades del CIESPAL	92
El trabajo editorial: Anatomía de un texto	44	Agenda	96
Revistas y blogs: Los espacios para la narrativa periodística	48	Próximo número	99



Fotomontaje: Mayra Cajilema Cárdenas

Experiencia:

Lo que me dejó el periodismo

Olga Fernández

*Cubana, escritora, historiadora y periodista radicada en Ecuador. Docente U. de Los Hemisferios de Quito.
fermar@uio.satnet.net*

Crónica, reportaje y entrevista

Durante las seis primeras décadas del siglo XX, entre la literatura y, en particular, entre la narrativa y la crónica, la entrevista y el reportaje, los tres géneros interpretativos del periodismo, fue abriéndose progresiva y engañosamente, una escisión en apariencia invencible.

El periodismo de interpretación se separó de la literatura pero siempre vuelve a ella con referencias, en préstamos de estructura, con herramientas similares, pero con el fin de contar una historia.

Por un lado, algunos solían situar a la narrativa en todo su esplendor respecto del periodismo; por otro, y en el mejor de los casos, al periodismo de manera subsidiaria, pero siempre como un pariente pobre de la literatura, como un arte menor entre aquellos cuyo común denominador era la palabra impresa.

Esa dicotomía -supuestamente estructural, técnica y lingüística- iba encaminada a señalar una diferencia aún más profunda, aunque no por eso legítima: su naturaleza. Así, la hipotética diferencia entre la narrativa y los géneros periodísticos interpretativos venía envuelta en el confuso ropaje de los medios de difusión masiva.

Por esta razón, el mero hecho de dirigirse a intereses aparentemente distintos, hicieron pensar en lectores diferentes. Por otra parte, también se instaló el criterio según el cual la novela y el reportaje, por sólo mencionar dos ejemplos, eran géneros que, en rigor, se oponían entre sí.

Hoy se ve con claridad que ha ocurrido todo lo contrario. Si se examina la evolución de la narrativa contemporánea y la de esos tres géneros periodísticos -crónica, entrevista y reportaje- y se comparan sus estructuras, técnicas y lenguaje en su expresión artístico-literaria, se comprobará que tanto uno como otros se sirven de recursos formales similares para cumplir su fin último: la comunicación.

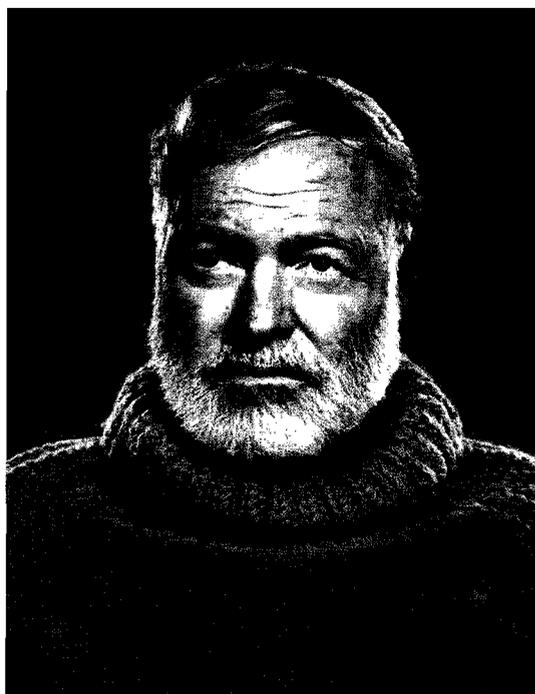
Creo que el reportaje es al periodismo lo que la novela a la literatura: un género maestro que junto con la entrevista de personalidad son verdaderamente impresionantes. Tal como la novela y el cuento, el reportaje requiere de un lenguaje poderoso y del conocimiento de las técnicas narrativas más contemporáneas.

No se discute el papel decisivo que el periodismo -y en particular la crónica, el reportaje y la entrevista- ha desempeñado en las formas

expresivas de la narrativa y viceversa, así como incluso ha influido en otras formas de arte como el cine que, sólo cristalizó cuando el periodismo alcanzó su primera gran expansión. De hecho, se intercambian recursos, gracias a lo cual actualmente forman un *corpus* expresivo cuya finalidad es el reflejo y la perpetuación de la realidad mediante el arte literario.

En otras palabras: el periodismo interpretativo fue, con relación a la literatura, como un meandro que bruscamente se separa de la corriente madre y, que al hacerlo, ensancha tanto su cauce que puede adquirir nombre propio, pero que luego dirige su torrente enriquecedor al río que le dio origen para nutrirlo.

"El trabajo periodístico no hará daño a ningún escritor joven y puede ayudarlo si lo deja a tiempo. El periodismo, después que se llega a cierto punto, puede ser una autodestrucción cotidiana para un escritor serio", dijo Hemingway a George Plimpton en la entrevista publicada por *The Paris Review*.



Existe la comparación por su semejanza, entre la crónica y el cuento, el reportaje y la novela y la entrevista y el testimonio, porque comparten el lenguaje aunque con diferentes objetivos. El periodista debe constreñirlo a los fines de una noticia objetiva, directa, fácil de asimilar por su técnica específica. En la obra literaria el escritor tiene absoluta libertad de trabajar la palabra con la fantasía y la *elevación* de la que hablaba Truman Capote, abanderado de la novela sin ficción, producto del reportaje.

La escisión

La literatura y el periodismo nacieron como aprehensión y cuestionamiento permanente de la realidad. Ambos comparten la palabra como instrumento de trabajo. Sin embargo, debido a los avances tecnológicos, el periodismo se separó de la literatura para centrarse en la noticia y en su finalidad informativa.

No cabe duda de los diferentes objetivos del lenguaje en ambos géneros están separados por la impronta estilística y lingüística. El lenguaje de la literatura inventa nuevas realidades; el del periodismo, a veces no. Pero en el acontecimiento inmediato elaborado por la redacción periodística puede estar la génesis de la historia reconstruida por un escritor. Ejemplo de esto es *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, obra cumbre de la literatura universal.

Sin el trabajo periodístico, muchas historias literarias no habrían existido; de igual manera, la literatura presta sus herramientas para que el periodista cuente sobre la realidad que vivimos.

Un artículo aparecido en *La Gazette des Tribunaux* del 4 de octubre de 1837, sobre el suicidio de una adúltera, serviría a Flaubert para fraguar, años más tarde, el sustrato argumental de su obra más conocida, *Madame Bovary*.

No sería la primera vez ni la última, que una escueta noticia que sólo pretendía informar de

un hecho inmediato con la mayor brevedad y eficacia posibles, se trasmutaba en literatura.

Son innumerables los escritores dedicados al periodismo que dejaron una huella imperecedera. Ambos géneros significan, para el que siente la vocación de escritor, una línea de fronteras borrosas que a veces se tocan y, otras, se separan. Un ejemplo cimero en la literatura latinoamericana es el de Gabriel García Márquez, quien cultivó como periodista a lo largo de los años, en sus crónicas y reportajes, un rigor narrativo que preconizaban al gran narrador.

Tal como apunta Jacques Gilard en el prólogo del libro *De Europa a América*, sobre la trayectoria periodística de García Márquez: "La naturaleza literaria de las preocupaciones del reportero y la progresión de las veleidades del escritor se comprueban en la evolución de su manera periodística y narrativa (...) No hay cambio en la densidad del relato ni en la forma de jugar con los procedimientos del folletín, pero sí lo hay en la creciente introducción de elementos ficticios".

Resulta curioso el dato de que Herman Melville, antes de ser publicada su exitosa novela *Moby Dick*, fuera tratado por la prensa a raíz de sus primeros cuentos de aventuras, como un cronista de temas marítimos.

Los ejemplos anteriores arrojan que es incontrovertible que el ejercicio del periodismo aguza la pupila en cuanto al modo de sentir el mundo; que la práctica con las posibilidades del lenguaje va preparando el camino de quienes siguen la sigilosa y ardua búsqueda de temas y personajes que den vida a una obra de ficción.

La herencia del periodismo

En mi caso, el periodismo fue una tarea que me abrió al ámbito de la literatura. Primero, comencé por explorar de otra manera los pasajes de la historia cubana que había volcado en varias crónicas y reportajes.

El trabajo periodístico que sirvió de detonante fue mi entrevista a un anciano que había conocido al general Antonio Maceo en Mantua, el poblado más occidental de la isla, donde culminó la invasión del libertador cubano el 22 de enero de 1896.



Casi sin proponérmelo, empecé a manosear el reportaje recién publicado y las notas de la investigación histórica que lo sustentaban, hasta descubrir que tenía en las manos un tema poco conocido que me serviría de punto argumental para escribir un relato dedicado a los jóvenes.

Por supuesto que ya merodeaba desde la adolescencia la idea de escribir ficción, pero necesitaba en el encuentro cercano con la realidad, el factor humano y su conflicto, del que me dotó mi labor periodística; a esto agregué el escenario, el tono y la estructura del relato histórico en *Dos días con el general Antonio*, Premio Edad de Oro 1980.

En su análisis de mi libro *Niña del arpa* (1989), la crítica literaria cubana Madeline Cámara, resalta que mi tendencia al reportaje, la crónica y el relato de reconstrucción histórica, ya anunciaba la prosa de una escritora de ficción. (Revista letras Cubanas, La Habana, 1989).

Esa tendencia que nombra acertadamente la crítica Madeline Cámara cristalizó en otros libros destinados a los jóvenes, en los varios volúmenes de cuentos para adultos que tuvieron como escenario el pasado colonial de la historia cubana y en mis novelas con argumentos más contemporáneos donde están presentes Cuba y los conflictos de mis compatriotas.

De manera que mis relatos, que al principio mostraban la naturaleza más sensible y los sueños más recónditos de José Martí y Antonio

Maceo, dos héroes legendarios hasta entonces perpetuados en el mármol, pasaron a ser las peripecias de balseros, pescadores y otros hombres humildes que había conocido en mi periplo de periodista por Baracoa, la villa más antigua de Cuba.

Esos personajes y la bahía escoltada por tres fortalezas antes inexpugnables, las montañas ceñidas por montes de maderas preciosas, los ríos de transparencias abriantadas por la luz, también dieron vida a mis ficciones. Al punto que, después de treinta años, aún incorporo a mis novelas reminiscencias de aquellos escenarios como una suerte de saga.

Debo aclarar que en ningún momento me limité en mi escritura de ficción a la simple reconstrucción histórica ni al saqueo de leyendas. De ser así, hubiera carenado como narradora. Se trataba de combinar el enfoque realista, pertrecho que me entregó el periodismo, y lo encantatorio de lo fantástico, sin establecer rígidas fronteras entre ambos. Gracias a la estrategia -que hoy considero hábil- de subjetivizar la información mediante la urdimbre del plano más trabajado, el lenguaje, cobraron vida autónoma los personajes ficticios de mis libros, inmersos en una atmósfera de connotaciones simbólicas cuya esencia partía de los hombres y mujeres humildes que entrevisté en los rincones más remotos de Cuba y en los lugares más imprevisibles de otros países durante mis casi veinte años de periodismo activo. 